

aquella vasta y muda oscuridad tenia dos pupilas rojas. Eran las ventanas.

La luz se eclipsaba, reaparecia y volvía á eclipsarse, como suelen hacer siempre semejantes luces.

Aquellas siniestras intermitencias dependen probablemente del infierno, cuyas puertas se abren y cierran incésantemente. El respiradero del sepulcro tiene efectos de linterna sorda.

De repente un bulto negro muy opaco, que tenia la forma humana, se encaramó por una de las ventanas como si viniese del exterior, y se hundió en el interior de la casa. Parecia que acababa de entrar alguien.

Eso de entrar por la ventana es achaque de las almas en pena.

Por un momento fue la claridad mas viva, despues se estinguió y no reapareció ya. La casa volvió á quedarse negra. Entonces salieron de ella ruidos, ruidos que parecían voces.

Siempre lo mismo. Cuando se ve, no se oye; cuando se oye, no se ve.

La noche tiene en el mar una taciturnidad especial. Allí el silencio de la sombra es mas profundo que en ninguna otra parte. Cuando no hay viento ni marejada, en aquella movediza estension donde ordinariamente no se oyen volar las águilas, se oiria volar una mosca.

Aquella paz sepulcral daba un relieve lúgubre á los ruidos que salian del edificio.

—Veamos, dijo el francesito.

Y dió un paso hácia la casa.

Los otros dos tenian un miedo tal que se decidieron á seguirle. No se atrevian ya á huir solos.

Acababan de pasar por delante de un haz de leña bastante grande que, sin saber por qué, les animaba en aquella soledad, cuando de un zarzal salió volando una lechuza que produjo un estremecimiento de ramas. Las lechuzas tienen una especie de vuelo pesado, de una oblicuidad imponente.

El ave cruzó cerca de los chicos, fijando en ellos la redondez de sus ojos, claros en las tinieblas.

Hubo cierto temblor en el grupo detrás del francesito.

Este apostrofó á la lechuza.

—Pajaruco, vienes demasiado tarde. No es ya tiempo. Quiero ver.

Y avanzó.

El crugido de sus zapatos gruesos y claveteados al pisar las aliagas, no impedia oír los ruidos del interior de la casa que subian y bajaban, con la acentuacion tranquila y la continuidad de un diálogo.

Un momento despues añadió:

—Por otra parte, no hay mas que los bestias que crean en brujas.

La insolencia en el peligro da aliento á los rezagados y les empuja hácia delante.

Los dos rapaces de Torteval se pusieron en marcha, graduando su paso por el del aprendiz de calafate.

A los ojos de los pequeños aventureros la casa hechi-

zada crecia considerablemente. No era todo ilusion óptica del miedo; habia tambien algo de realidad. La casa efectivamente se les presentaba mayor porque se iban acercando á ella.

Las voces que procedian del interior del edificio iban tambien oyéndose mas distintamente. Los chiquillos escuchaban. El oido tiene tambien sus facultades aumentativas. Aquello era algo mas que un murmullo, algo mas que un cuchicheo, menos que una gritería.

De cuando en cuando se destacaban dos ó tres palabras claramente articuladas. Aquellas palabras, de comprension imposible, sonaban estrañamente. Los muchachos se detenian, escuchaban, y despues volvian á avanzar.

—Se oye la conversacion de los aparecidos, murmuró el aprendiz de calafate, pero yo no creo en aparecidos.

Los rapaces de Torteval tuvieron intencion de replegarse detrás del haz de leña, pero le habian dejado ya muy atrás, y su amigo el calafate seguia marchando hácia la casa. Tenian miedo de quedarse sin él, y no se atrevian á dejarle.

Le seguian perplejos, un paso tras otro.

El aprendiz de calafate se volvió hácia ellos y les dijo:

—Ya sabeis que no es verdad que haya aparecidos. No los hay.

La casa se iba haciendo mas alta, y las voces oyéndose mas distintamente.

Se acercaban.

Al estar ya muy cerca, reconocieron que habia en la

casa algo parecido á una luz que se está apagando. Era un resplandor muy vago, uno de esos efectos de linterna sorda que hemos indicado, y que abundan en el alumbrado de los conventículos de brujas.

Cuando estuvieron muy cerca, hicieron alto.

Uno de los dos de Torteval aventuró tímidamente la siguiente observacion:

—No son aparecidos; son damas blancas.

—¿Qué es eso que cuelga de una ventana? preguntó el otro.

—Parece una cuerda.

—Es una serpiente.

—Es una cuerda de ahorcado, dijo el francés con autoridad. De algo les sirve; pero yo no creo en aparecidos.

Y en tres pasos, ó, por mejor decir, en tres saltos, llegó á la pared misma del edificio. Habia algo de calentura en su valeroso arranque.

Los otros dos, tiritando, espeluznados, le imitaron, y se pegaron á él, el uno á su derecha, el otro á su izquierda. Los tres aplicaron su oido á la pared. En la casa seguian hablando.

Hé aquí lo que decian las fantasmas:

—¿Está entendido? (*)

—Entendido.

—¿Quedamos en ello?

—Lo dicho, dicho.

(*) Todo este diálogo está en español en el original francés.—(N. del T.)

—¿Un hombre aguardará aquí, y podrá irse á Inglaterra con Blasquito?

—Pagando.

—Se supone.

—Blasquito le pondrá á bordo.

—¿Sin tratar de saber de qué país es?

—Eso nos importa poco.

—¿Sin preguntarle su nombre?

—Lo que se quiere no es el nombre, sino el bolsillo.

—Bien está. El hombre aguardará aquí, en esta misma casa.

—Será menester que tenga algo que comer.

—No le faltará.

—¿Traes provisiones?

—Este saco está lleno.

—Corriente.

—¿Puedo dejarle aquí, sin que nadie le meta mano?

—¿Los contrabandistas somos acaso ladrones?

—¿Y vosotros cuándo os vais?

—Mañana por la mañana. Si el hombre estuviese dispuesto, podría ir con nosotros.

—No está preparado todavía.

—Lo siento.

—¿Cuántos días tendré que aguardar en este casucho?

—Dos ó tres ó cuatro. De fijo no puede decirse.

—¿Blasquito vendrá?

—En persona.

—¿Aquí? ¿A Plaimon?

—Al mismo Plainmont.

—¿Cuándo?

—La semana que viene

—¿Qué día?

—El viernes, el sábado ó el domingo.

—¿No faltará?

—No falta nunca.

—¿Haga el tiempo que quiera?

—Él no tiene miedo al tiempo. Yo soy Basco, y él es Blasquito.

—Así, pues, ¿no puede dejar de venir á Guernesey?

—Yo vengo un mes, y el otro.

—Comprendo.

—De hoy á ocho días, á contar desde el sábado próximo, no pasarán cinco días sin que Blasquito llegue.

—¿Y si hay tempestad?

—¿Egurraldia gaiztoa *?

—Sí.

—Blasquito tardará mas en venir, pero de todos modos vendrá.

—¿De dónde ha de venir?

—De Bilbao.

—¿Y á dónde irá?

—A Portland.

—Bueno.

—O á Tor Bay.

* Basco. Mal tiempo.
TOMO I.

- Mejor.
- Ese hombre puede estar tranquilo.
- ¿No le venderá Blasquito?
- Los cobardes son traidores. Nosotros somos valientes. El mar es la iglesia del invierno. La traicion es la iglesia del infierno.
- ¿Nadie oye lo que decimos?
- Es imposible. El terror forma un desierto alrededor de esta casa.
- Lo sé.
- ¿Quién habia de atreverse á escucharnos?
- Nadie.
- Además, aunque alguien nos oyese, no nos comprenderia. Hablamos un idioma desconocido aquí de todos, y puesto que tú lo posees, debes ser de los nuestros.
- He venido para tratar contigo.
- Está bien.
- Y ahora ya nada mas tengo que decirte. El negocio está arreglado. Abur.
- Abur.
- Pero dime, ¿si el pasajero quiere que Blasquito no le lleve á Portland ni á Tor Bay, sino á otra parte?
- Como tenga buenas peluconas...
- ¿Hará Blasquito lo que él quiera?
- Lo que quieran las peluconas.
- ¿Se tarda mucho en llegar á Tor Bay?
- El hombre propone y el viento dispone.
- ¿Ocho horas?

- A veces mas, á veces menos.
- ¿Blasquito se someterá al pasajero?
- Falta que el mar se someta á Blasquito.
- Se le pagará bien.
- Se supone. Pero el oro es oro, y el viento es viento.
- Es verdad.
- El hombre con el oro hace lo que puede. Dios con el viento hace lo que quiere.
- El hombre que cuenta partir con Blasquito estará aquí el viernes.
- Perfectamente.
- ¿A qué hora suele llegar Blasquito?
- Por la noche. Por la noche se llega, y por la noche se parte. Nosotros tenemos una mujer que se llama Mar, y una hermana que se llama Noche. La mujer engaña alguna vez, la hermana nunca.
- Ya nada mas tenemos que hablar. Cerrado el trato. Adios.
- Buenas noches. ¿No echamos un trago de aguardiente?
- Gracias.
- Es cosa rica.
- Tengo tu palabra.
- Mi nombre es Pundonor.
- Adios.
- Somos caballeros.
- Era evidente que solo los diablos podian hablar de una manera tan estraña. Los rapaces no oyeron una palabra

mas, y huyeron á todo correr, incluso el francesito que, convencido en fin de que habia aparecidos, corria mas de prisa que los otros.

Al llegar el próximo martes, sieur Clubin se hallaba en Saint-Malo, reconduciendo la Duranda.

El *Tamaulipas* seguia en la rada.

Sieur Clubin, fumando su pipa, preguntó al dueño de la posada Jean:

—Y bien, ¿cuándo parte ese *Tamaulipas*?

—Pasado mañana, jueves, respondió el posadero.

Aquella noche Clubin cenó en la mesa de los guardacostas, y, contra su costumbre, salió despues de cenar, de lo que resultó que no pudo estar en el despacho de la Duranda, y casi dejó abandonado su cargamento. Eso pareció raro en un hombre tan exacto.

Parece que habló algunos instantes con su amigo el cambista.

Entró dos horas despues del toque de oraciones de Noguette. La campana brasileña da este toque á las diez. Era, pues, media noche.

VI.

LA JACRESSARDE.

Cuarenta años atrás, Saint-Malo tenia una callejuela llamada la callejuela de Coutanchez, que no existe ya actualmente, por haber sido comprendida en el círculo de los embellecimientos.

Era una doble hilera de casas de madera inclinadas unas hácia otras, que dejaban entre sí bastante sitio para un arroyo que se llamaba la calle. Se andaba con las piernas abiertas por los dos lados del agua, tropezando la cabeza ó los codos con las casas de derecha é izquierda.

Aquellas viejas barracas de la edad media normanda,